

## CAPITULO II.

### ¿DE DÓNDE HA PROVENIDO?

ó SEA

#### *De la causa del hombre.*

32. Cuando el hombre se ha contemplado á sí mismo, comprendido la accion de su pensamiento, y descubierto la diferencia enorme y esencial que media entre los nobles atributos de su alma y las propiedades de la materia, ha dado sin duda un paso gigantesto hácia la causa de su ser, hácia Dios, Ser infinito, eterno, inmutable, de quien depende toda existencia.—Si la materia nada nos presenta de activo y espontáneo, y todas sus cualidades siempre aparecen á nuestra vista subordinadas y dependientes, reducidas á los limites que les impone la causa externa que las modifica y gobierna; el alma se anuncia mui de otra manera: la inteligencia que abarca de una ojeada el universo, la actividad que preside á los movimientos de la materia, el pensamiento que se apodera de cuanto existe, la imaginacion que todo lo anima y embellece, el génio que hermosea la naturaleza, que multiplica las invenciones, y que dotado de una fuerza de combinacion extraordinaria, se fecunda á sí mismo, y fecunda las ciencias y las artes con sus creaciones felices; todo esto nos saca, por decirlo así, de los limites del mundo, y nos impele hácia aquella region inaccesible, donde mora el Autor Supremo del hombre y la naturaleza. No pudiendo hallar en cuanto nos rodea una cosa que se parezca al alma, convencidos de que todo es inferior á esta noble parte de nosotros mismos, comprendemos sin dificultad, que somos por el alma superiores á todo lo criado, y que el poder de la inteligencia nos hace señores del universo.—Mas esta grandeza de nuestro ser

no impide que reconozcamos en ella limitacion y debilidad: se nos escapa sin duda la mayor parte de las relaciones que existen entre los seres; y detenidos aquí y allá en la region inmensa de la investigacion, sabemos por esperiencia propia, que sin embargo del pensamiento, casi nada comprendemos respecto de lo mucho que se ofrece á la contemplacion.

33. Comparándonos con la materia, descubrimos toda nuestra excecencia; analizando los resultados de nuestras observaciones, y atendiendo á la incapacidad que tenemos á veces para realizar nuestros deseos, quedamos persuadidos de nuestra limitacion y debilidad.—Pero qué, ¿fuera de los cuerpos y del alma no existe otra cosa? ¿No hai acaso un ser que á todo generalmente presida, que abarque las cosas y sus relaciones infinitas con su inteligencia, que realice sus deseos á un solo impulso de su voluntad suprema, que por su naturaleza espiritual esté, lo mismo que yo, sobre toda la materia, y por su naturaleza perfectísima esté sobre mi alma y todas las inteligencias? ¿Tendré por ventura una alma tan mezquina, que niegue la existencia de esa primera causa? Si consulto á mi corazon, ella me dice que no pudiendo haber efecto sin causa, existe un Dios: si escucho mi conciencia, ella me anuncia que no pudiendo haber remordimiento sin culpa, culpa sin lei, ni lei sin legislador, existe un Dios: si miro el universo, la innumerable muchedumbre de sus objetos me advierte con entera seguridad, que no pudiendo haber universo sin creacion, ni creacion sin criador, existe un Dios. Mi razon, pues, mi conciencia, el universo, me persuaden que Dios existe.

34. Convencido ya de la existencia de Dios, vuelvo de nuevo sobre sus obras para contemplarlas, aproximado cuanto es posible, los objetos, examino el gran todo, como si tuviese á la vista la máquina de un reloj, advierto lo que se necesita para idearla, ejecutarla y conservarla; y este es el momento en que veo llegar á mi alma uno por uno los atri-

butos de la Divinidad: porque con solo quitar lo imperfecto y finito á la sabiduría, al poder, á la bondad y demas cualidades y prendas del alma, descubro sin temor de equivocarme, la sabiduría, el poder, la bondad, la providencia, y todos los atributos de Dios.

35. Por último, examino las relaciones que tengo yo con el gran todo, las que tenemos el todo y yo con Dios, veo que el universo ha sido hecho para mí, que yo soi gobernado por Dios; me siento colocado entre el cielo y la tierra, y comprendo que soi el centro de todas las relaciones: estas ideas tan luminosas me determinan á concluir el importante estudio de mí mismo, considerando á Dios en las relaciones que tiene con la humanidad.

36. El estudio, pues, del hombre relativamente á su primera causa, comprende tres puntos principales: primero, la existencia de Dios; segundo, sus divinos atributos; tercero, sus relaciones con la naturaleza humana.

### §. I.

#### EXISTENCIA DE DIOS.

37. En el órden metafísico, no menos que en el órden físico y el moral, hai pruebas mui concluyentes de esta verdad importante.

#### *Orden metafísico.*

38. El hombre y todos los objetos que hay en la naturaleza son entes contingentes: verdad que cuenta con la evidencia de hecho y que no necesita probarse. La existencia de los entes contingentes, esencialmente supone la de un ente necesario: primero, porque supone una causa; segundo, porque ninguno de ellos puede serlo. Supone una causa porque no hai efecto sin causa, lo cual es un axioma en metafísica. Que ninguno de ellos puede serlo es una

verdad que cuenta con la evidencia de razon, pues es una consecuencia recta de los mejores principios. En efecto: los entes contingentes conocidos por la razon, se reducen al hombre y á la materia; esta no es activa, luego nada puede criar; no es capaz de pensamiento, menos lo será, pues, de producir al alma. ¿Lo será el hombre mismo? Absurdo no menos palpable. El hombre se propaga por la generacion: siguiendo esta cadena llegaremos á un primer hombre; y pues este ya no existe, claro es que no pudo conservarse, luego mucho menos pudo crearse: luego tuvo á su vez una causa; y esta causa es el ente necesario, es Dios en suma.

#### *Orden físico.*

39. Dejando á un lado la existencia de la materia, argumento comprendido ya en el anterior, hai dos aspectos principales bajo que ella pueda ser considerada, las cuales persuaden evidentemente la existencia del ente necesario.

40. ¿Quién hace mover esas moles inmensas que giran sobre nosotros, arrobándonos con la maravilla de un continuo y concertado movimiento? Ella es pasiva, es inerte, luego no es la causa promotora de su movimiento: visto es que tampoco el hombre la mueve, que no puede moverla en su totalidad. ¿Y por qué no puede moverla? Por la limitacion de su actividad, consecuencia precisa de su carácter contingente. Ningun ser contingente puede por tanto mover la materia: hai, pues, una primera causa motrix: hai un ente necesario.

41. ¿Qué diremos del espectáculo de la naturaleza? Todo en ella vive, todo se halla en relaciones con nuestra conservacion y nuestra felicidad: "todo se reproduce en su ser" no sin que ella se debilite, sin que se canse ni deje jamas "de obrar y reproducir. ¿Quién, pues, ha establecido en "ella un órden tan admirable? ¿Quién organizado de tal

“modo sus producciones que ninguna extrae de la tierra si-  
“no los jugos convenientes á su nutrimento y vida? ¿Quién  
“enseña á cada planta el modo de prepararlos y convertir-  
“los en su propia sustancia? ¿Será posible que esa tierra  
“destituida de todo sentimiento; que esa masa bruta obra-  
“se con tanto orden, con tanta sabiduría, con tanto arte,  
“sin estar dispuesta y dirigida por un primer motor cuya  
“sabiduría todo lo regla, cuyo poder obra en todo con el  
“imperio del Criador? Si la elegancia de un edificio prue-  
“ba la inteligencia del que le trazó, y la menor flor de los  
“campos contiene en su mecanismo interior, en la simetría,  
“en el tejido de sus hojas, en la variedad de sus colores,  
“una perfeccion infinitamente superior á cuanto el saber  
“humano puede idear, ¿cuál deberá ser la sabiduría y el  
“poder del que ha producido todas las maravillas de la na-  
“turaleza, sembrándolas con tanta perfeccion por todo el  
“universo, y distribuyéndolas al propio tiempo con tanto ór-  
“den, que cuando por su multitud y variedad infinitas pa-  
“recía que debian causar la confusion, forman por el con-  
“trario la obra mas bien acabada por su distribucion, por  
“el sábio contraste y mútua relacion que todas sus partes  
“tienen entre sí?”

42. El universo que publica la gloria de su autor, anun-  
cia tambien su infinito poder, su sabiduría, su magestad.  
La unidad de sus obras prueba la unidad de su naturaleza:  
sus beneficios publican su bondad y su providencia. La lei  
que nos ha dado es la imágen de su santidad. El imperio  
que ejerce sobre las ciencias es el anuncio de su justicia.  
Tal es el Dios á quien adoramos: tal el soberano legislador  
que ha grabado en el fondo de nuestro corazon esta lei in-  
mutable que se extiende á todos los hombres, y á la que to-  
dos debemos obedecer (1).

(1) Pey. Lei natural explicada y perfeccionada por la lei evangé-  
lica. Capitulo preliminar.

*Orden moral.*

43. La conciencia, la libertad, la humanidad entera en  
sus tendencias morales serán siempre fenómenos inexplica-  
bles si no se cuenta para ello con la existencia de una pri-  
mera causa.

44. Los remordimientos de la primera que agitan cons-  
tantemente al malvado hasta en las últimas reservas de su  
erímen, prueban evidentemente la existencia de un Dios,  
porque nadie quiere atormentarse á sí mismo.

45. En cuanto á la libertad, se sabe la extension que  
tiene fuera del círculo de las leyes y de las previsiones hu-  
manas. ¿Cómo componer este resto indefinido de libertad  
que seria una fuente perenne de trastornos inevitables no  
menos para el poder individual que para el poder público,  
si no suponemos la existencia de un ser infinito, el único  
bastante á mantener el equilibrio de la libertad natural con  
el orden privado y público del mundo?

46. Por este motivo, los pueblos todos han depuesto á  
favor de esta verdad fundamental y los mismos incrédulos  
se han visto en la inevitable alternativa de reconocerla ó  
de contradecirse. No nos es posible recorrer aquí todas las  
autoridades históricas ni menos todas las contradicciones  
de los impíos; ni esto es necesario tampoco atendiendo al  
carácter sumario de este resúmen; nos bastará, pues, para  
lo primero remitir á nuestros lectores á una obra mui esti-  
mable que escribió Dutens (1), y para lo segundo al aba-  
te Barruel (2), y á la obra titulada “Los Apologistas in-  
voluntarios de la religion.”

(1) Reflexiones sobre el origen de los descubrimientos atribuidos  
á los modernos. Parte IV, cap. I.

(2) Cartas helbianas. Carta XXXIII.

§. II.

DE LOS ATRIBUTOS DE DIOS.

47. Las mismas reflexiones que hemos hecho acerca de la existencia de Dios, nos conducen á reconocer: primero, que es un espíritu sin que por esto deje de contener en un grado eminente y con una plena virtualidad todas las perfecciones que hay en la materia: porque la simplicidad de naturaleza, atributo esencial del espíritu y condicion indispensable de la esencia y de la unidad y universalidad de causa, prueba que Dios nada tiene ni puede tener de corpóreo: segundo, que Dios es único en el hecho de existir por sí mismo; porque suponer pluralidad aquí, sería incurrir en la mas torpe contradiccion: tercero, que es un ser infinitamente perfecto, porque no hai un sugeto fuera de él á quien atribuir esta clase de perfeccion; y ella por otra parte importa una relacion esencialísima con las ideas legítimas que debemos formarnos sobre los caractéres constitutivos de un ser necesario.

48. De esta perfeccion infinita podemos partir para reconocer uno por uno todos los atributos divinos. Proceder á este desarrollo, no es propio de este resúmen; pero tampoco lo sería limitarse á lo espuesto. Transcribiremos, pues, un breve análisis que hace Condillac en los preliminares de su gramática general, aplicando á Dios y al universo el ejemplo de un relojero y su obra.

49. "Un relojero, dice, no será capaz de hacer un reloj si hai una sola parte de éste cuyas operaciones ignore. Luego el artífice que ha hecho el universo tiene necesariamente *inteligencia*."

50. "Como la inteligencia del relojero debe abrazar todas las partes de un reloj, la inteligencia de la causa primera debe abrazar todo el universo. Si alguna parte se ocultase á su conocimiento, no sería posible colocarla con

el órden que debe tener; y entre tanto su obra se destruiría, si una sola estuviese fuera de su lugar. Pero una inteligencia que lo abraza todo es infinita; luego la inteligencia de la causa primera es *infinita*."

51. "Pero si se ha de hacer un reloj, no basta la inteligencia sino el poder: luego la *potencia* de la primera causa se extiende tanto como su inteligencia, lo abraza todo, es infinita."

52. "Una vez que esta causa primera lo abraza todo, debe hallarse en todo lugar: luego es *inmensa*."

53. "Como esta causa es primera, debe ser independiente; porque si dependiese de otra, ésta existiría primero que ella. Pero como es absolutamente necesario que haya una causa que sea primera, es manifesto que esta misma causa debe ser *independiente*."

54. "Siendo esta primera causa independiente, todopoderosa y de una inteligencia infinita, hará todo lo que quiera: luego es *libre*."

55. "Esta causa no puede adquirir nuevos conocimientos, porque entonces sería limitada su inteligencia: luego ve á un mismo tiempo lo pasado, lo presente y lo futuro. Tampoco puede mudar de resolucion; porque si mudase, no lo hubiera previsto todo: luego es *inmutable*."

56. "Es consiguiente á su independencia, que no haya tenido principio; y que no tenga fin: pues si hubiese tenido principio, dependería del que le hubiera dado el ser; y si pudiese tener fin, dependería del que pudiera dejar de conservarla: luego es *eterna*."

57. "Siendo inteligente, discierne el bien y el mal, juzga del mérito ó demérito: siendo libre, obra consiguiente; esto es, ama el bien, aborrece el mal, premia la virtud, castiga el vicio, y perdona al que se arrepiente y se enmienda. En todo esto no hace mas que lo que quiere, porque siempre quiere el bien y no puede querer sino el bien."

58. "Las cualidades de esta causa primera se llaman

*atributos.* Al atributo por el cual castiga, se da el nombre de *justicia*: al atributo por el cual premia, el de *bondad*: al atributo por el cual perdona, el de *misericordia*.”

59. “La *omnipotencia*, que lo hace todo, la *inteligencia*, que lo arregla todo, la *bondad*, que premia, la *justicia*, que castiga, la *misericordia*, que perdona, se expresan con el solo nombre de *Providencia*. Este trae su origen de una palabra latina, *providere*, que significa *proveer*. Y en efecto, por medio de estos atributos, provee á todo esta causa primera.”

60. “Una causa primera, infinitamente inteligente, omnipotente, independiente, libre, inmutable, eterna, inmensa, justa, buena, misericordiosa, y cuya *Providencia* lo abraza todo; tal es la idea que debemos tener de Dios.”

§. III.

DE LAS RELACIONES DE DIOS CON LA NATURALEZA HUMANA.

61. Aunque no podemos comprender todas las causas finales, porque se nos escapa gran parte de las relaciones que tienen entre sí los objetos del universo, podemos afirmar la existencia de ellas, porque esta es una consecuencia precisa de los principios que hemos recorrido, y cuya evidencia se nos ha manifestado de la manera mas palpable. Si no podemos concebir á Dios, sin reconocer en su esencia una sabiduría infinita, tampoco podríamos comprender esta sabiduría, si hallásemos en las obras de sus manos una sola que no estuviese dispuesta y ordenada á un designio particular. Nada importa por tanto que se nos escondan muchas veces este designio, pues para suponer su existencia, basta saber que hai Dios.

62. Las relaciones generales que tienen con el globo que habitamos, el sol, la luna, &c., &c., nos hacen ver que

todo ha sido hecho para el hombre, ya con el fin de proveer á sus necesidades diversas, ya para elevarle á contemplar la grandeza del Altísimo. El hombre siente la superioridad en que su alma le pone sobre todo lo mas grande que hai en la naturaleza física; y pues es capaz de elevarse hasta Dios, la misma contemplacion de este Ser augusto y los sentimientos que inspira la circunstancia de ser el Criador, excita en el alma los mas vivos afectos. Un secreto impulso la conduce: el reconocimiento le inspira las acciones de gracias; su dependencia suma la inclina incesantemente á la adoracion; y el ruego se escapa de sus labios, cuando la tribulacion le persigue y el infortunio se esfuerza en abatirla. La primera relacion de Dios con la humanidad es, pues, la de Criador; y esta relacion sublime engendra todos aquellos sentimientos que forman el culto y la religion.

63. Dios, pues, quiere recibir del hombre tan justos homenajes, puesto que le ha criado: ¿pero está al arbitrio de aquel el rehusarlos? Lo hará ó no; mas en el primer caso hará el bien, y en el segundo hará el mal; y como Dios no puede menos de reprobarnos el mal, pues es justo, es evidente que al criar al hombre le impuso el deber de practicar el bien, y le impuso por tanto una regla que deberia ser la norma de su conducta. Hé aqui la segunda relacion que Dios tiene con la humanidad, la de Legislador de los hombres.

64. Si Dios ha eriado al hombre y erigido en deber el culto que éste debe tributarle, es porque {ha querido ser amado sobre todas las cosas; y como la lei á que se dignó sujetarnos va encaminada precisamente al amor, y el amor tiende nada menos que á unir los objetos que se aman, debe haber puesto por término y blanco de este amor su union íntima con la criatura. Esta union es incompatible con la vida presente, y con ella por tanto no puede hallarse nuestro último destino. Luego, teniendo Dios con la humani-

dad la relacion que consiste en ser nuestro último fin, es claro que el alma es inmortal.

65. Dios Criador, Dios Legislador, Dios último fin: hé aquí las relaciones de Dios con los hombres, y de estas relaciones parten directamente aquellas verdades que nos revelan al mismo tiempo la religion, la lei divina y la inmortalidad.

66. Mas como tales relaciones constituyen el objeto de los capítulos siguientes, no hemos querido hacer en esta sino una indicacion mui general, cuanto baste para manifestar el órden de ideas que ofrece á la investigacion filosófica el estudio de la primera causa.

### CAPITULO III.

¿CUAL HA DE SER SU TERMINO?

#### *Inmortalidad del alma.*

67. El término del hombre en el órden temporal, es la muerte. ¿Pero la muerte del cuerpo arrastra consigo la destruccion del alma? No; el alma es inmortal: verdad sublime, verdad fecunda que todo lo engrandece, todo lo explica, y que no podría por lo mismo desconocerse sin destruir á un solo impulso todas las verdades, todas las creencias, todas las instituciones. El temor y la esperanza son dos eternas columnas en que descansan igualmente la política y la moral. Las bases de estas columnas están depositadas en el seno de la inmortalidad. Destruid el dogma de la otra vida, y bien podeis profetizar la universal desolacion, el esterinio absoluto de los hombres y de los pueblos. La virtud saludará á la esperanza en los bordes de la tumba, y

el crimen retrocederá con espanto á la vista de la muerte.

68. Cuando se trata de la inmortalidad del alma, parece que deberiamos remitirnos á la conciencia individual, prescindiendo del empeño de una demostracion filosófica: sin embargo, diremos algo sobre este punto, porque siempre es mui grato repasar los títulos que tenemos á la inmortalidad. Para esto no haremos otra cosa que transcribir la recapitulacion de las pruebas que desarrollamos en la seccion tercera del primer tomo de nuestro curso de jurisprudencia universal.

69. Fúndase la inmortalidad del alma tanto en su naturaleza, potencias, inclinaciones y sentimientos, como en las miras que sobre ella tiene su Criador. Un ser simple como el alma es inaccesible al contacto de ningun cuerpo, y por lo mismo no puede ser destruido por agregacion de partes; carece de partes, y por lo mismo es incapaz de perecer por disolucion de partes. Ampliando mas el exámen de su naturaleza y reflexionando sobre sus potencias, inclinaciones y sentimientos mas constantes, nos confirmamos mas y mas en nuestras ideas. El entendimiento, que verifica tantas cosas maravillosas, que comprende el universo y traspasa sus límites para remontarse hasta el cielo, y la voluntad que acomete las empresas mas dificiles, anuncian un ser que no podia estar reducido á una duracion tan corta como la vida humana, cuando todos los objetos exteriores cuentan á su favor con una duracion indefinida.

70. Consultando las inclinaciones y sentimientos mas dominantes en el hombre, no hemos descubierto cosa que no muestre caracteres de inmortalidad. El hombre desea y aspira sin cesar, convencido por otra parte de que no hai en la tierra cosa que llene el corazon. Seria, pues, admitir un sentimiento universal sin objeto, rehusar nuestra persuasion al dogma de la inmortalidad. Experimenta crueles remordimientos cuando ha faltado á la lei, y los experimenta aun cuando no tiene testigo que le condene, y sí por